

COMEDIA NUEVA.

EL MARIDO DE SU HIJA.

SU AUTOR

DON ANTONIO VALLADARES DE SOTOMAYOR.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Bernardo del Pozuelo, Caballero anciano, y rico.

Don Enrique, y:-

Don Luis, hermanos, y sobrinos de la esposa difunta de Don Bernardo.

Párricio, anciano, Mayordomo del mismo.

Ventura, Criado del propio.



Martin, y:-

Marcela, su muger, Pastores.

Doña Aniceta, creida hija de Don Bernardo.

Doña Matilde de Samaniego, su Aya.

Un Sargento.

Dos Soldados.

Labradores, y Labradoras.

La Scena se representa en la Casa de recreacion que Don Bernardo tiene en Getafe, como igualmente la mayor parte de su hacienda.

JORNADA PRIMERA.

El Teatro representa un salon largo. Sale Ventura observando con cuidado la Scena: Pasa al bastidor de la izquierda, y hace lo mismo; vuelve al de la derecha, y saca á Don Carlos vestido de Soldado.

Vent. Nadie hay en toda esta estancia.

Miraré allí. No quisiera que lo que con tanto encargo fió de mi diligencia

Don Enrique, dispusiese la suerte se descubriera.

Seguro está el paso. Quantos en esta corte se encuentran, están al dolor postrados, y ninguno habrá, que pueda advertir este secreto.

Llega al bastidor, y saca á Don Carlos.

Seguidme. No hay contingencia en llevaros hasta el quarto de Enrique.

Car. Los Cielos quieran, ó acabar mi triste vida, ó poner alguna tregua al abismo de mis males, y al torrente de mis penas! vanse.

Sale Don Luis con botas y espuelas, mirando toda la Scena, y haciendo extremos de admiracion.

A

Luis

Lis. Qué silencio! Qué quietud tan rara, y triste se observa en la casa de mi Tío!
Yo no llevo á conocerla!
Ningun criado me ha visto llegar, ni entrar á esta pieza.
En la Corte, y aqui, siempre hubo una gran concurrencia de gentes en esta casa.
Y en un año que hace apenas que he estado en Paris, se nota una mutacion como esta?
Aqui hay grande causa! Pero un hombre ácia aqui se acerca,
Mas ya distingo es Ventura.
Informarme del es fuerza.

Sale Ventura.

Vent. Todo se hizo bien. Qué miro?
Señor Don Luis, vuestra vuelta con mis brazos solemnizo.

Se abrazan.

Luis. Con los míos te doy pruebas de lo que tu afecto aprecio.

Vent. Iré al instante á que sepa mi amo vuestro arribo.

Luis. No,
Ventura; un momento espera; que antes deseo me saques de las mortales sospechas, que en mi corazon produce el silencio que se observa en esta casa.
Vent. Pues qué, vuestro Tío no os dió cuenta de la infeliz, de la triste situacion en que se encuentra?

Luis. No por cierto. Su merced, procediendo con aquella bondad de su corazon, que desde la infancia tierna de Enrique mi hermano, y mia, nos educa y alimenta, pues nuestros padres vivieron, y acabaron en miseria:
Hace un año que me embió á Paris, para que en esta Corte aprendiese el idioma Francés, con toda pureza.

Me ordenó en su ultima carta, que al momento me pusiera en camino. Lo hice; ignoro quanto aqui pasa, y es fuerza que tu me instruyas de todo, porque acaben mis sospechas.

Vent. Lo haré, con el sentimiento, que me inspira mi ternera.

Vuestra virtuosa tia, y esposa de mi amo: aquella incomparable muger por su piedad, y prudencia, hace poco mas de un mes que pagó la comun deuda.

Luis. Ay de mi infeliz! Acabe mi vida con tanta pena!

Vent. En Valladolid murió, donde nació. Estuvo enferma en Madrid algunos dias. Para que restableciera su amable salud del todo, se tomó la providencia de que pasase á gozar las dulzuras, que franquea el Patrio suelo. En efecto, Patricio partió con ella, y otros de casa. Cobró allí sus perdidas fuerzas, y al mes escribió á mi amo advirtiendole, que en esta Villa de Getafe (donde sabeis que las primavera pasamos) se hallase el dia veinte y dos de Abril; porque ella llegaría el veinte y tres; y que las bodas dispuestas de vuestro hermano mayor Enrique, con Aniceta, unica hija de mis amos, hermosa como discreta, aqui se celebrarían.
Todo se hizo así; y:-

Luis. Espera;
pues con otro mortal golpe mi corazon atraviesas.
Con qué á Aniceta querían casar con mi hermano?

Vent.

Vent. Hechas

las prevenciones estaban,
quando llegó la dispensa.
Pero escribiendo Patricio
al amo la triste nueva
de que mi ama, habia muerto,
se derramó la tristeza,
y el dolor en todos. Ved
si con razon hoy se encierra
en esta casa el tormento,
la amargura, luto, y pena.

Luis. Con la muerte de mi tia,
todo el dolor se apodera
de mi pecho, pues perdí
una bien-hechora llena
de bondades para mi,
y Enrique; y en Aniceta
pierdo el objeto que adoran
mis sentidos, y potencias.
Con que dos puñales son
novedades tan funestas,
que á un mismo tiempo á mi pecho
furiosamente atraviesan!
Y Patricio? *Vent.* Ayer llegó
de Valladolid: apenas
ha podido á mi amo hablar.
Pero él á esta parte llega.

Sale Patricio, y Don Luis pasa á recibirla en sus brazos.

Luis. Patricio amado! *Patri.* Señor,
á quien con tanta terneza
amo, seais muy bien venido.

Luis. No es posible que bien venga,
el que tantas aflicciones
hoy en esta casa encuentra.

Patri. Murió:::- enjugandose los ojos.

Luis. Mi tia; y la boda
de Enrique con Aniceta,
está tratada. *Patri.* Y tendrá
muy pronto efecto.

Luis. Esa pena
á la otra iguala, ya que
no es posible que la exceda!

Patri. Ya sé, que la amabais mucho.

Luis. Mas que á mi. Di, no pudieras
persuadirla á que á mi amor
el suyo favoreciera,

mas que á Enrique?

Patri. Porque veais

Despues de haber meditado.

lo que mi amor se interesa
en serviros, vuestro hermano
no se casará con ella.

Luis. Qué dices, Patricio mio?
Cómo ha de ser?

Patri. Eso queda
reservado al tiempo. El
mi oferta hará verdadera

Vent. Y yo por mi parte ofrezco
contribuir en quanto pueda.

Luis. En los dos mi amor confia.
Mi tio puede que duerma
todavía? *Patri.* Le quedaban
ahora vistiendo.

Luis. Pues mientras
se viste, á Enrique veré.

Vent. Está en caza.

Luis. Y Aniceta?

Vent. Con su Aya. Doña Matilde.

Luis. En mi quarto espero. Apenas
salga mi tio, Ventura,
me darás aviso. Y si esta
amante pasion consigo,
mi fortuna será vuestra. *vase.*

Patri. Si, Ventura: Don Enrique,
aunque en lo exterior se muestra
tan amable, allá en el fondo
de su corazon, no encierra
la perfeccion que su hermano
Don Luis. El solo desea
ser esposo de su prima
para lograr la riqueza
que ella heredará. Este es solo
su objeto. El amor no llega
á encenderle: la ambicion
es la que en él solo reina.

Vent. Qué decis? *Patri.* Lo cierto.

Vent. Y quién
será un soldado, que en esta
mañana de orden de Enrique,
sin que otro alguno le viera
en su quarto he introducido?

Patri. Un Soldado? Qué me cuentas?

Vent. La verdad. En el momento

Comedia nueva.

4
que Enrique de caza vuelva,
que será pronto, verá
que cumplió mi diligencia
lo que me mandó. La llave
de donde está oculto es esta.

La saca.

Patri. Guardala, y esta noticia
Despues de haber reflexionado.
de tí no salga; que de ella
haré el uso conveniente.
Pero entre tanto, contempla
que te has expuesto, Ventura,
á un peligro en que perdieras
á un tiempo tu estimacion,
libertad, y conveniencia.

Vent. Yo, por qué?

Patri. Por qué? Pues si ese
soldado hombre honrado fuera,
y Enrique pensase bien
con su trato, le escondiera
en su quarto sin que nadie
le pudiera ver. Aquéllas
cosas que lícitas son
no hay reparo en que se sepan;
pero las malas, Ventura
se ocultan, y se reservan.

Luego con tantos misterios
discurres que esta sea buena?

Vent. Dice usted bien.

Patri. Ves, que yo
aclararé tu inocencia.

Vent. En usted confío.

Patri. A todo daré remedio.

Vent. Así sea. *vase.*

Patri. Ambicion mia, ya es tiempo
de que logremos aquella
felicidad á que aspiro.
Dispuesto está que Aniceta
con Don Enrique se case:
su hermano Don Luis desea
lo mismo: Mas ni uno, ni otro
lo han de lograr; porque fuera
quedar burladas mis ansias,
que aspiran á que la hacienda
de Don Bernardo mi amo,
y su hija, mías sean.
Guardaré los documentos

que favorecen mi idea,
hasta su tiempo. Si acaso
se me resiste Aniceta,
descargaré el mortal golpe,
que la preparo, y deshechas
verá sus felicidades.

El soldado que se encuentra
de Enrique en el quarto, puede
serme util tambien. Cautelas,
quanto hize por mi ama, vamos
á que justo premio tenga. *vase.*
Salon corto. Sale Don Bernardo re-
cogiendo sus lágrimas en un pañuelo,
y haciendo los mayores extremos de
sentimiento, y despues de guardar si-
lencio por un momento, que solo le in-
terrumpe con algun triste suspiro,
dice con voz melancolica.

Bern. Ay infelice de mí!

Muerte cruel! Terrible pena!

Mis parpados no estarán,
hasta cubrirlos la tierra
enjutos, pues durará

mi llanto hasta que fallezca.

Ah, dulce esposa de mi alma!

En todas partes la observa

Con suma agitacion.

mi vista! De la memoria
no se aparta jamás! Y esta,
á mi triste corazon
continuamente atormenta.

Sale Doña Matilde.

Mas quién es?

Mat. Yo soy, Señor,

Bern. Aya, qué quereis?

Mat. Quisiera

solamente en dos palabras
recordaros, Señor, vuestras
obligaciones.

Bern. Qué escucho!

Pues que, yo me olvidó de ellas?

Mat. Si Señor, os olvidais.

Yo me tomo la licencia
de hablaros así, creyendo
que si acaso os hacen fuerza
mis razones, las dareis
todo el lugar que merezcan.

Sé vuestra bondad, y á tanto me atrevo por conocerla.

Bern. Hablad; pero sea haciendo patentes, para mi enmienda mis desaciertos; que aquel que advertir sabe al que yerra, le saca del precipicio, y le conduce á la senda.

Bien sabeis quanto os estimo: sois Aya de mi Aniceta, de mi hija amable, y apoyo de mi vida. *Mat.* Pues sola ella me mueve á hablaros, Señor.

Bern. Y por qué? Decidlo aprisa.

Qué ocurre? Se há levantado?

Mat. Ahora peinándose queda.

Sosegaos, que no hay motivo para una inquietud como esa.

Murió vuestra Esposa, y mi Ama (Dios en el Cielo la tenga) ya hace mas de un mes. La muerte, es una precisa deuda

que paga el que nace. Luego,

qué produce, qué remedia

vuestro eterno llanto, por

lo que es preciso suceda

á todo viviente? No

digó yo, que no se sienta

la falta de una consorte

tan buena como la vuestra;

mas sea este sentimiento

de modo, que no se vea

llega á desesperacion;

que en éste caso se peca.

Así lo haceis; y no solo

conspirais de esa manera

contra vuestra amable vida,

sino contra la de vuestra

hija amable, porque como

tanto sentimiento observa

en vos, piensa que de su

filial amor no da pruebas,

si en el dolor no os iguala;

y á el de tal modo se entrega,

que cada instante parece

que el último suyo llega.

Y así, Señor, con mi llanto

por vos os ruego, y por ella que ese llanto mitigueis; y dais alivio á esa pena, pues que importa que á mi instancia mandaseis se concluyera el luto tres dias hace, si dura, si persevera en vos con tanta eficacia esa afliccion indiscreta.

Bern. Os he escuchado, y teneis razon; mas el que aconseja, lo ha de hacer con el exemplo, primero que con la lengua.

Mat. Y por qué me decís eso?

Bern. Por qué? Porque no se observa

que acrediten vuestras obras

lo que vuestra voz expresa.

Ya se han cumplido quince años,

que en mi casa estais, y apenas

un dia se habrá pasado,

sin que hayan salido vuestras

lagrimas á dar razon

del dolor que os atormentá.

Y no habeis dicho jamás

la causa de que proceda,

siendo así que tantas veces

lo pretendió mi terneza.

Inconsolable en efecto,

os vi siempre. Luego es fuerza

que estrañe me reprehendais

lo que haceis con mas frecuencia

que yo, y con menos motivo.

Mat. Con menos motivo! Esa

Llorando.

expresion, yo me atrevia

á justificar no es cierta.

Pero enjuguemos el llanto

que vuestra hija hermosa llega.

Sale Aniceta.

Anic. Padre mio!

Bern. Hija del alma!

Anic. Besando la mano vuestra,

y rendida á vuestros pies,

con mi obligacion primera

cumplo.

Bern. Levanta á mis brazos,

hija querida. Mis penas

se alivian solo con verte.

Anic. Ah, Padre! De esa manera,
ni un punto me apartaré
de vuestra amable presencia;
porque si en esto consiste,
que vuestro quebranto tenga
consuelo, qué mayor dicha
podrá hallar esta hija vuestra?
Ojalá qué fuera así!

Pero la misma experiencia
lo contrario me acredita.

Bern. Por qué?

Anic. Porque la tristeza
está siempre en vuestro rostro,
como si su centro fuera.
Ya habeis sentido bastante
la desgraciada, y funesta
muerte de mi amada Madre.
No hay racional, que no sepa
que de la cuna al sepulcro
ninguna distancia media;
pues de la mortaja, avisos
son las mantillas primeras.
Y del último suspiro,
lo que primero se alienta,
es señal inflexible.

Las medicinas mas ciertas
para las desgracias, son
conformidad, y paciencia;
y donde faltan las dos,
no puede haber cosa buena.
Si son las felicidades
siempre gratas al que llega
á lograrlas, no ha de haber
algun corazon que sepa
admitir con igual rostro
los males que le sucedan?
Sea este el vuestro, Señor;
y hagamos que virtud sea
lo que ha de ser precision.
Si á los males no remedian
las lagrimas, de qué sirve
arrojarlas con frecuencia?
Revelar lo contingente,
es proceder con prudencia:
Querer todo lo posible
prevenir, nadie lo acierta:

Lo infalible, no se evita;
lo dudoso es bien se tema;
y en fin, en lo irremediable,
el sentimiento es demencia.
Que le depongais os pide
mi corazon, la terneza
de mis lágrimas, y el sumo
respeto con que os vénera
mi afecto. Esto solicitan
de vos, la naturaleza,
y el amor á un tiempo. En mi
hablan los dos: ambos ruegan
esto mismo, y si quereis
no escucharlos, haced cuenta
que acabarán á vuestra hija
la amargura, el llanto, y pena. *vas.*

Bern. Aguarda, hija mia. Aya,
id corriendo detras de ella,
decidla me ha convencido
con sus filiales ternezas,
y que quiero que respiren
todos en mi casa a quella
hora dulce, que produce
el gozo, y la complacencia.
Corred, dadla este consuelo:
No os detengais, id aprisa.

Mat. Y con qué gusto, Señor,
os sirvo. Todos encuentran *ap.*
alivio en sus sentimientos,
mas los míos no le esperan. *vas.*

Bern. Qué gran discurso el de mi hija!
Y que bien su Aya aprovecha
las grandes luces de su
entendimiento con ella!
Ventura, Ventura? *sala.*

Vent. Qué me mandais, Señor?

Bern. Ordena
á todos mis Labradores,
y Pastores, pues es fiesta
hoy, y están en casa, que
algunos bayles prevengan
para divertir á mi hija,
pues la alegría aqui reyna.

Vent. Voy, Señor:--

Como fuera de sí con un extremo de jubilo, se quiere ir por la izquierda.

Bern. Adónde vás? *deteniendola.*

Vent.

Vent. Con el gozo que fomentan
vuestras tazones en mi alma,
mis pies el camino yerran.
Y aun tambien se me olvidava
deciros::-

Bern. No te detengas. Qué?

Vent. Que Don Luis ha llegado.

Bern. Qué me dices? Feliz nueva!

Vent. Para besaros la mano
espera le deis licencia.

Bern. Dí que venga aquí al instante.

Vent. Voy corriendo: Si me dexa
el gozo de vér que mi amo
su dolor de si desecha. *vas.*

Bern. Como han sentido mis criados
que haya durado esta pena
tanto tiempo en mí! Y ahora
al verme alegre se alegran.
Esto consiste en tratarlos
con amor, y haciendo sean
dichosos por nuestra mano.

Si nuestras impertinencias
sufien, y si son hermanos,
mirar por ellos no es fuerza?

Solamente esclarecido
llámo yo aquél, que presenta
luces al subdito; no

al que las tiene, y las niega;
porque aquellos hombres vanos,
que á sus criados los desprecian,
y no atienden, los comparo
á las pinturas, pues estas
son á la vista mejores,
estando mas lejos de éllas.

Sale Don Luis.

Querido Luis!

Luis. Tio amado! *se abrazan.*

Bern. Entre mis brazos te estrecha,
sobrino mio. El vestido
de París, qué bien te sienta!

Estás buen mozo!

Luis. Ah, Señor!

El pesar que os atormenta,
y el horror, que en esta casa
habita, mi alma atraviesan!

Bern. Ya has sabido mi desgracia?

Luis. Ojalá no la supiera!

Bern. Pues ya acabó el sentimiento,
y hoy á renacer empieza
toda la alegría aquí;

porque así quiero que tenga
mi amada hija, y prima tuya
consuelo en su horrible pena.

Tu hermano, y tú, no penseis
que jamás faltaros pueda
mi bondad. Si vuestra tia
murió, mi alma os aprecia.

Ves, y esperame en tu quarto,
que en él quiero darte cuenta
de asuntos muy importantes.

Pero Luis, en tanto piensa
que ya te tengo casado,
y á tu gusto creo sea.

Luis. Casado? Valgamé Dios! *ap.*

Si será con Aniceta?

El corazon me lo inspira!

Tio, Señor, mi obediencia
está á vuestra voluntad
eternamente sujeta.

Hoy consigues amor mio *ap.*
el bien que tanto deseas. *vase.*

Bern. Es un buen muchacho Luis;
pero Enrique tiene prendas
mas sobresalientes. Quiero
que su fortuna me deban.

A Luis casar determino
con la hija de Don Estevan
de Bustamante, porque es
única, hermosa, y discreta.
Para esto le he hecho venir
de París. Con mi Aniceta
Enrique se casará.

Pero el á esta sala llega.

Sale Enrique.

Enrique, has estado en caza?

Enr. Si Señor; vuestra licencia
á noche tomé.

Bern. Es verdad;

yo quiero que te diviertas;
y mas en un exercicio
como el de la caza: en ella
el ánimo se dilata,

y se exercitan las fuerzas.

Enr. Señor, parece que os hallo::-

Bern.

Bern. Cómo? Sin aquella pena que tanto me atormentó:

Pues, si, sobrino lo aciertas,

Enr. Pues tambien acertaré á que á vuestros pies ofrezca mi corazón, por el gozo que el hallaros así engendra en mi alma? Mi tío alegre! Qué tanto mi amor lo celebra!

Bern. Así espero que de mi hija se concluya la tristeza.

Enr. Y la vuestra sobre todo.

Que las desgracias se sientan, es propio del ser humano: pero el varón fuerte, templa con la constancia el dolor sin manifestar flaqueza.

A un Filósofo le dieron la triste, la fatal nueva de que había muerto su hijo; el qual sus delicias era.

Y él, sin inmutar el rostro, con la mayor fortaleza de espíritu, respondió:

Y qué novedad es esa?

El nació para morir:

cumplió su plazo, paciencias; y la suya admiró á quantos oyeron esta respuesta.

Tío, á los difuntos solo los sufragios aprovechan, no el llanto, ni el desconsuelo; que ellos nada los remedia.

Bern. Dices bien: desde este día, solo es preciso que atienda al bien de mi hija querida. Ya íbas á unírte con ella, y la muerte de tu tía lo estorbó. Quiero que tenga efecto esta dulce union al instante. De qué tiembblas? Qué extremos son esos? Habla.

Enr. Cómo es posible que pueda hacerlo; si el gozo usurpa los acentos á la lengua!

Bern. Pues hay otra circunstancia que hará que ese gozo sea

mas cumplido. Al mismo tiempo que la tuya, está dispuesta la union de tu hermano Luis con la hija de Don Estevan; porque Luis ya se halla en casa.

Enr. Mi hermano llegó?

Bern. Y me espera en su quarto, para darle una noticia como esta.

Enr. Dexad, Señor, que otra vez puesto á vuestros pies, la tierra que pisais toquen mis labios; pues me elevais á la inmensa dicha, que tanto apetezen mis amorosas ternezas.

Día venturoso: amable momento en el que Aniceta sea el dulce dueño mio, y que yo su esclavo sea.

Bern. Cómo la adora! Levanta á mis brazos: Ves á verla, y á anunciarla de mi parte esta novedad; y si ella no la divierte, creeré que nada lograrlo pueda; que es mucho lo que á una joven esto de casarla alegre.

Enr. Voy corriendo, Señor. Ya *ap.* todas mis dichas son ciertas. *vase.*

Bern. Loco vá de gozo: No será menos el que tenga Luis con lo que vá á saber.

Y al ver yo las bodas hechas de mi hija, y de mis sobrinos, será mi alegría inmensa

Salon largo, adornado magnificamente: en él estarán Aniceta, y Doña

Matilde.

Anic. De modo celebra el alma, Aya mia, el ver que reyna algun consuelo en mi padre, que no sé de que manera lo exprese. Bendito Dios, que esta dicha me franquea Solo para disfrutarla completamente, quisiera que deseçais tambien,

Señora, la cruel, la terca
aflicción, que siempre en vos
se advierte.

Mat. Será en mí eterna!

Anic. Pero por qué?

Mat. Como hay males,
que ya que no se remedian,
se alivian comunicados,
hay otros, que se acrecientan
quando llegan á pasar
del corazon á la lengua.

Los mios son de esta clase,
con que dexame que sienta
no solamente mis males,
sino tambien que carezca
aun de aquel pequeño alivio,
que en referirlos tuviera.

Anic. Pero esè es un proceder,
que la razon desaprueba;
porque un teson imprudente
solo es caminar á ciegas
por los peligros, y en ellos
aquel que no cae, tropieza.
La desgracia, es semejante
á un torrente; el qual engendra
mas grande desolacion,
donde halla mas resistencia.

Porfiar en callar el mal,
es querer que la dolencia
siempre dure, y esto nadie
habrá que abonarlo pueda.
Pretende la mariposa
con terquedad indiscreta
introducirse en la llama;
y lo hace de tal manera,
que en cada giro se expone,
y en cada vuelo se arriesga,
hasta que en efecto, su
misma porfia la incéndia.
Esto os sucede, Señora,
y yo es preciso lo sienta.

Mat. No, hija mia: mis quebrantos
no han de hacer que tu padezcas.
Males, que con descubrirse
se agraban, no los profieran
los labios, el corazon
solamente los entienda;

porque aun el semblante sabe
referirlos como ofensas.

Las desgracias no las tiene
el valor fuerte por pena,
sino por lucha: en sufrirlas
consiste solo vencerlas.

El viento furioso, choca
con el arbol grande: tiemblan
las debiles hojas; pero
el tronco firme se queda.

Y en fin, las aguas combates
á las sombras que hay en ellas;
corren muy precipitadas;
pero nunca se las llevan.

Asi yo, hija mia, inmovil
en las ansias que me cercan,
las sufro, y las callo. Oh, cuánto
quien asi no lo hace yerra!

Luego si tanto me estimas,
mi silencio no reprehendas;
que quando á tí te las callo,
no puedo decir mis penas. *vase.*

Anic. Yo diera por remediarlas
la sangre que hay en mis venas;
pues quiero á mi Aya, lo mismo
que si madre mia fuera.
Pero Enrique.

Sale este apresurado.

Eur. Amada prima,
mi bien, mi dulce Aniceta:::-

Anic. Qué traes, Enrique? Qué nuevo
idioma es ese, que apenas
sin rubor puedo escucharle?

Eur. No le admires, pues ordena
tu padre que le produzca.

Quiere al instante vér hecha
nuestra dulce union, y quiere
que por mi boca lo sepas.

Con que tan grata noticia,
qué hará, aunque loco me vuelva?

Anic. Si mi padre lo dispone
asi, yo estoy satisfecha.

Eur. Pero recibes con poco
gusto, noticia cómo esta?

Anic. Quien al amor no conoce
no puede de otra manera
recibirla.

Enr. Pues tu mano

quién me la dará, si encuentras
que el amor no puede hacerlo?

Anic. La obediencia que en mí reyna.

Lo quiere mi padre, y mi alma
solo su gusto desea.

Enr. Pero deberé exponerme
á que te una la obediencia,
y no el amor á mí? Amada
prima mía, dí, no temas,
te disgusto yo? Te causa
horror mi vista?

Anic. Te aprecia
mi voluntad como á primo:
tus meritos, de qualquiera
se hacen conocer; mas como
á mi corazón no incendia
pasion alguna, resultan
tibias en mí las ternezas.

Enr. Pues yo al contrario. Mi amor
como en tí solo se emplea,
y es tan honesto, con verte
solamente me alimenta.

Y que mucho, siendo tanta
tu peregrina belleza!

Anic. Mi belleza! Ah Enrique! No
me estima quien así piensa.

Enr. Por qué?

Anic. Porque la hermosura
del rostro, es tan pasajera,
que apenas principia, acaba;
pero las lucés de aquella
lámpara, que encendió el fuego
de la virtud, son eternas.

Es una planta, que no
teme el rigor, ni la fuerza
del tiempo; y aun la vejez,
que voraz todo lo seca,
la levanta monumentos,
que hacen su fama perpetua.

Si esta encontráras en mí,
y por ella me quisieras,
tu serías mas feliz,
y yo mas dichosa fuera.

Enr. Ah, bien mio! La virtud,
y la hermosura se encuentran
en tí con extremo. Luego

el adorarte no es fuerza?

Sale Don Luis.

Mas qué miro! Hermano Luis?

Luis. Enrique? **Anic.** Primo::-

Luis. Aniceta del alma::-

Los 2. Seas bien venido.

Luis. Quien tu hermosura á vér llega,
cómo ha de poder quitarle
el destino que lo sea?

Sale Don Bernardo.

Bern. Eso si: no se conozca
en mi casa á la tristeza.
Sobrinos, hija querida,
todo sea complacencia;
y para mas aumentarla,
las delicias que dispensa
el casto himeneo, quiero
que llegueis á poseerlas.

Sale Ventura.

Vent. Todos vuestros Labradores,
y Pastores, solo esperan
vuestro permiso, Señor,
para principiar sus fiestas.

Bern. Ya le tienen.

Haz que aquí entren.

Vent. Pronto os sirve mi obediencia.
Ya hace rato que el Soldado
en vuestro quattos espera.

Aparte á Enrique, y se vá.

Enr. Valgame Dios! Me olvidé
de lo que tanto interesa
la humanidad! Mas no es fa
que sin ser notado, pueda
ir ahora á verle.

Bern. En efecto,
solo, hija mía, desea
mi amor paternal, mirarte
alegre.

Anic. Como es la vuestra
la que mi tristeza causa,
quando yo os mire sin ella,
sin ella á mí me veréis.

Esta es medicina cierta.

Bern. Pues si es cierta medicina,
viva la alegría. **Luis.** Y sea
en vuestros dos corazones,
donde la hallemos eterna.

*Salen
de Pas
brador
las; á*

4. Viv
y la
y lo
dest

V
y su
para
muy

Todos.

Mart.

Señ

os d

aleg

ya s

Mart.

de l

Marc.

pues

de r

Mart.

lo q

Marc.

Mart.

tene

Marc.

Marc.

Marc.

Marc.

Marc.

lo p

Mart.

Per

que

can

Bern.

Mart.

y M

su

Y Y

Qu

mu

est

Anic.

Salen Martin, y Marcela, vestidos de Pastores, y los Labradores, y Labradoras con panderetas, y castañuelas; á cuyo compas cantan el quatro siguiente baylando.

4. Viva la alegría,
y la complacencia,
y los sentimientos
desterrados sean.

Viva nuestro amo,
y su hija Aniceta,
para que sus criados
muy dichosos sean.

Todos. Vivan nuestros amos.

Mart. Vivan.

Señor, dos mil norabuenas
os dá Martin, porque estais
alegre ya. Bern. Martin, llega;
ya sabes te quiero bien.

Mart. Si Señor; tengo mil pruebas
de las bondades de usted.

Marc. Lo mismo dice Marcela;
pues su merce jue Padrino
de nuestra boda.

Mart. Ta cuerdas
lo que aquel día baylamos?

Marc. Si.

Mart. Igual día no le espera
tener Martin mientras vivas.

Marc. Pues cuándo?

Mart. Quando te mueras.

Marc. Antes ciegues.

Bern. Pues tan mal
lo pasas, Martin, con élla?

Mart. Pasarlo mal, eso no:
Pero á la verdad, quisiera
que entre su merce, y yo
cambiar suertes se pudieran.

Bern. Cómo?

Mart. Si viviera mi ama,
y Marcela no viviera;
su merce juea dichoso,
y yo tambien feliz juea.
Que á la verdad, mientras menos
mugerres, Señor, hubiera,
estariamos mejor.

Anic. Martin nos honra.

Marc. Es un bestia.

Mart. No os enfadeis, Señorita,
que un Filósofo lo expresa.
Este un día se paseaba
por una hermosa Alameda
con dos amigos. El uno
vió, que atada de una cuerda,
y á un árbol colgada, estaba
una muger; pero muerta.

Dixoselo á sus amigos:
y el Filósofo sin pena,
alzó la vista al cadaver,
y dixo: como se vieran
todos los árboles llenos
de esta fruta, el mundo juea
mas feliz. Lo mismo digo,
apoyando esta sentencia.

Bern. Las sentencias inhumanas,
como esa lo es, se desprecian.

Mart. En teniendo usted muger,
la tendrá por verdadera.

Anic. Marcela, vén á mi lado.
Yo quiero que me dés cuenta
si te trata mal Martin.

Marc. Tratar me mal? Quién tal piensa,
Señora? Pues le quedára
hueso sano, si lo hiciera?
El hace quanto yo mando,
y no mas. Esas frioleras
se las sufro como chanzas;
pero si hablára de veras,
un chuzo le meteria,
que el corazon le partiera.

Mart. Nostramo, cómo serán
las malas, si esta es la guena?

Bern. Martin, en saber sufrirnos
unos á otros con prudencia,
está el mérito. Mas dime,
quál es la hora en que tu almuerzas?

Mart. Mire usted: le preguntaron
á un gran Sábio, que qual era
la hora de comer; y él dixo:
para el rico, quando tenga
gana; y para el pobre; quando
tenga que. Con que con esta
misma razon, satisfago
vuestra pregunta.

Bern. Me alegra
que así respondas. *Luis.* Martin
parece un hombre de letras.
Mart. Si Señor; las tengo gordas,
lo mismo que mi cabeza.
Bern. Id todos á almorzar
Mart. Vamos
repetiendo nuestra letra.
Repiten el quatro, y bayle, y se ván.
Bern. V mos nosotros tambien,
sobrinos, dulce Aniceta;
que quiero hacerlos felices,
porque me rejuvenezca.
Los 3. A vuestras insinuaciones,
se rinde nuestra obediencia.
Bern. Estás alegre, hija mia?
Anic. Estandolo usted, pudiera
no estarlo yo, padre mio?
Bern. Qué gracia! Bendita seas!
Seguidme.
Enr. Permita el Cielo:::-
Luis. Amor disponga:::-
Anic. Dios quiéra:::-
Terminen como deseo
mis ansias, males, y penas.

JORNADA SEGUNDA.

*Salon corto, con puerta á la derecha
cerrada. Don Carlos estará apoyado
contra un bastidor haciendo extremos
de dolor. Se recobrará con lentitud,
y dice.*

Carl. Hasta quando, justo Cielo,
han de durar mis fatigas?
Momento cruel, hora infausta
en la que miré perdidas
las dulces prendas de mi alma,
y por las que ella suspira
atormentandome! Mas
si el mar furioso se agita
mientras le combate el ayre:
que tranquilidad, que dichas
tendrá aquel, cuyo delito
sin cesar le mortifica!
Adorable Providencia,
mis talentos ilumina,

para tolerar los males
que nacen de culpas mias!
Pero quanto Enrique tarda!
La puerta abren.
Lo hacen, y salen Enrique, y Ventura.
Enr. Vuelve aprisa,
que aqui te espero.
Vent. Está bien.
Le daré al punto noticia
de esto á Patricio. ap.
Vase, y Enrique cierra.
Enr. Mi amigo! se abrazan.
Carl. Mi bien-hechor! Este dia,
las piedades que os merezco,
acortarán mis desdichas.
Enr. Qué me decis! Pues qué ocurre?
Haced sea mi alegría
sin intermision. Hablad.
Se nos muestra ya propicia
la suerte? *Carl.* Dí á la Condesa
la carta vuestra. Benigna,
como siempre, oyó mi historia
lastimosa, y compasiva,
Se enterneció, y ofrecióme
que al Ministro le hablaria
con eficacia, mediante
á mi razon, y justicia.
Lo hizo, en fin; y me mandó
que le viesé al otro dia,
porque me esperaba. Fui.
Aqui, amigo, era precisa
una elocuencia muy tierna,
muy patetica, y sencilla,
para que de este Señor
pintase la lengua mia
las virtudes con que se halla
su alma grande enriquecida.
Qué afabilidad! Qué tierna
compasion, quando me oía
referir mis lastimosos
sucesos! Interrumpida
fué mi narracion alguna
vez, por mi admiracion misma,
viendo un corazon tan lleno
de bondad. En fin, alivia
con dulces voces mis penas,
y dixo, que hoy quedaria

despachado , y bien. Fue tal el impetu de alegría que en mi alma esto produjo, que sin saber lo que hacia, me eché á sus pies : los regaron copiosas lagrimas mias: Me levantó hasta sus brazos, me honró, y socorrió. Mi prisa para daros al instante esta agradable noticia, me sacó esta madrugada de Madrid. Dexé advertida á la Señora Condesa de todo : la qual se obliga rebotando gozo, á enviarme el Real Decreto este dia aqui mismo. Esta es , amigo, la felicidad , la dicha, que por vuestra mediacion disfruta vér conseguida esta pequeña porcion, esta misera reliquia del ser humano , que tiene alma tan agradecida, que hasta en el mismo sepulcro, lo mostrarán sus cenizas.

Enr. Los brazos dadme otra vez, querido amigo. Bendita sea una, y muchas veces la Providencia divina, que en medio de las mayores desgracias, nos tranquiliza! Ya desde hoy respirareis con mas sosiego.

Carl. En mi vida le espero tener. Ah, Enrique! No hallando aquellas perdidas dulces prendas de mi alma cómo podrá la alegría vivir en mi corazon mucho tiempo?

Enr. Pues principia el Cielo á daros consuelo, debéis esperar prosiga, hasta completarle. A toda altura, se la examina su termino : á todo curso

su fin. Ni se hallan delicias, ni desgracias , sin periodos: todo acaba : todo espira: luego por qué vuestras penas no han de verse concluidas?

Carl. Asi sea!

Llaman á la puerta.

Enr. Ya Ventura ha vuelto. Aunque es conocida la clemencia de mi tíq, no quiero tenga noticia de quien sois , ni de que os tengo aquí, hasta que nos remitan el Decreto Real.

Carl. En todo á obedeceros se obliga mi agradecimiento.

Enr. Entra.

Habiendo abierto la puerta á Ventura.

Ventura , de tí confia mi fé, que sin que lo advierta ninguno de la familia, sirvas á este caballero á su tiempo la comida.

Vent. Está bien.

Enr. Cierra, y la llave guarda.

Vent. Ahora necesita saber esto mas Patricio. *ap.*

Enr. Tu fineza , retribuida mi gratitud sabrá. Luego á *Carl.* volveré á veros. *vanse los dos.*

Carl. Permita el Cielo, pueda pagaros quanto os merezco , algun dia.

Se entra por la izquierda. Salon largo con sillas en el fondo de la Scaena. Salen Don Bernardo , y Doña Matilde.

Mat Qué es, Señor lo que me mandais!

Bern. Sentaos antes. conduce 2. sillas.

Mat. Obedezco. *se sientan.*

Bern. Yo quiero exigir de vos, ya que conseguir no puedo, que me declareis las penas que padeceis , y que un terco, injusto silencio guarda, que alegre esteis por lo menos,

por-

porque vá desde este día á reynar solo el contento en esta casa. A Aniceta mi hija amada, casar pienso con Enrique. Qué os parece esta eleccion?

Mat. Que la apruebo: tiene Enrique circunstancias muy amables; pero encontramos dificultades.

Bern. Quáles?

Mat. Una, que la ama en extremo: Luis, y hará mil locuras si no logra este embeleso de su corazón. Y la otra, que yo inclinada no veo á vuestra hija á nadie. En ella hasta hoy no ha tenido imperio el amor. Indiferente se mostrará á los rendimientos de sus amantes. Sabrá ciegamente obedeceros: mas, Señor, los matrimonios que el amor no forma, creo no pueden ser muy felices. Este es mi dictamen.

Bern. Pero esas dos dificultades, Aya, vencidas las tengo. A Luis, yo le daré esposa de mucho merecimiento; y Aniceta querrá á Enrique en siendo su esposa. De esto, entiendo yo mas que vos. Id, y haced venga al momento aquí Patricio.

Mat. En serviros cifrado está mi deseo, *vase.*

Bern. Esto ha de ser. Los muchachos como aman á mi hija! Pero ella de Enrique ha de ser. Se la prometí, y lo debo cumplir. Patricio?

Sale Patricio.

Patr. Señor. Ya bien informado vengo *ap.* por Ventura, del Soldado.

Bern. Quiero que te partas luego á Madrid. Prevén sin tasa quanto encuentres de provecho, para el Banquete en las bodas de mi hija; y no pierdas tiempo en conducirlo.

Patr. Está bien.

Pero si yo algo merezco, decidme con quien se casa.

Bern. Con Enrique.

Patr. Ya.

Bern. Qué es eso?

Parece que te desagrada esta eleccion?

Patr. Si consejo:

me pidierais, os le diera.

Y aun sin pedirle, no puedo

á mi buen amo ocultar

lo que sé. Yo considero (sirvo, que en veinte años, que hace os tendreis buen conocimiento de mi lealtad.

Bern. Si: tu has sido mucho mas, que criado, dueño de mi casa. Mi difunta esposa, te amó en extremo. Yo te quise siempre; con que obligado estás por esto á serme fiel.

Patr. Si lo estoy, acreditaroslo espero. Enrique casar no debe con vuestra hija amable, y menos estar mas á vuestro lado.

Bern. Por qué?

Patr. Prevenid primero al golpe que os amenaza, el ánimo, porque creo, que os confundirán mis voces.

Bern. Pues qué hace Enrique? Habla presto.

Patr. Enrique, por la ambicion de lograr el caudal vuestro, supone que ama á Aniceta; y aun de esta reconociendo el disgusto con que mira esta union, tiene dispuesto

daros la muerte.

Bern. Qué dices?

Solo de escucharte tiemblo!

Patri. Para poder conseguir este tan barbaro intento, se ha valido de un Soldado, de un hombre vil, y perverso, que os asesine esta noche.

Bern. A mí?

Patri. A vos. En su aposento le tiene oculto. La llave, por un acaso, la tengo en mi poder. Esta es.

La saca.

Como yo vigilo, y velo por vuestra vida, logré descubrir este secreto horroroso. Ya sabeis lo que es Enrique. Ahora os ruego que le mireis con clemencia.

Con hipocresía.

Desatinos de un mozuelo sin reflexion, estos son.

Y yo sin llorar, no puedo verle reo de un delito tan detestable, y horrendo.

Bern. Asombrado, y confundido he quedado! Mas no debo dexar de satisfacerme de los dos. Llama al momento al Alcalde, y Escribano de parte mia.

Patri. Yo puesto á vuestros pies, os suplico, que hecheis sobre Enrique el resto de vuestra piedad. Le he criado, y es mucho lo que le quiero. Esta gracia habeis de hacerme.

Bern. Alza, Patricio, del suelo. Tu buen corazon, iguala al mio en los sentimientos. Ya está perdonado Enrique, porque me perdona el Cielo. Doña Matilde, ó mi hija saben este caso?

Patri. Entiendo, que solamente usted, yo, y Ventura, le sabemos.

Bern. Ventura tambien?

Patri. Pues si el me descubrió este secreto.

Bern. Y por qué á mí no?

Patri. Señor, por temor, y por respeto.

Bern. Lo creo así de él. Mas debe informarme por extenso de todo.

Patri. Lo está deseando.

Todo quanto yo he propuesto, *ap.* haré que él afirme.

Bern. Pues

haz que traigan bien sujeto á ese Soldado mis criados.

Patri. Está bien. Así lo ofrezco.

Ya quedan bien entablados *ap.* mis ambiciosos intentos. *vase.*

Bern. Valgame Dios! Quién creyera de Enrique un crimen tan fiero, tan bárbaro, é inaudito como el que pensaba! Cielos, es esta la recompensa, que por hacer bien merezco! Pero si esto la justicia entendiera, que tremendo castigo á los delincuentes no diera! Y qué sentimientos en mi hija, y en mí causará este horror! Pues remediemos tanto desastre, y hagamos un sacrificio tan bueno á Dios, como es perdonar los enemigos. Ya creo que conducen al Soldado. El es: todo me estremezco al verle, de ira.

Sacan á Don Carlos entre los Labradores. Patricio vendrá delante, y Martin detrás con un gran palo enarbolado.

Mart. Camine, ó le machaco los sesos de un garrotazo.

Bern. Dexadle

en libertad. Quién sois?

Carl. Viendo
estais á un pobre Soldado.

Bern. Y un Soldado tiene aliento
de envilecer el vestido
del Rey, con infames hechos?

Carl. Qué decis? Si discurris
que todo arbol es grosero
porque tiene la corteza
tosca, os engañais. Por dentro
un corazon generoso
le alienta.

Bern. Mas no es el vuestro.

Mart. Si, tendrá gran corazon;
pero su rostro á lo menos
es de un mal-hechor.

Bern. Y oculto,
que haciais en el aposento
de Enrique?

Carl. Le conocí
por una gracia del Cielo,
en la campaña, que hicimos
sobre Gibraltar. Su empeño
en remediar mis desdichas,
fué con tan activo celo,
que creo lo ha conseguido.
Hoy á verle vine, y dentro
de su quarto me dexó
encerrado. Esto es lo cierto.

Patr. Todo es fingido, Señor, *ap. á él.*

Bern. Dices bien: Asi lo creo.
Quanto me habeis explicado
es falso. Sé los intentos
de Enrique en traerlos aqui.
Pudiera vengarme de ellos,
y confundir á los dos,
vuestro crimen descubriendo:
pero ya estais perdonados.
Mas si aqui otra vez os veo,
os aseguro sercis
de malvados escarmiento.
Hechale de aqui.

Carl. Que oigais
mi satisficcion pretendo.
Qué crimen:::-

Bern. He, no me hagais
irritar, porque si pierdo

la prudencia, puede ser
que lo sintais en extremo.
Hechadle fuera.

Mart. Salid,
ú os hago una plasta.

Carl. Cielos,
entre tantas confusiones,
á vuestra clemencia apelo. *vase.*

Patri. Qué mal hombre!

Mart. Me parece,
que este fué uno de aquellos
ladronazos, que en el año
anterior, á mi hato fueron,
y robaron las cincuenta
cabras, y obejas. Es cierto:
el es: aquellas narices,
son las mismas. Voy corriendo
á darle treinta leñazos
por dos que me dió el perverso.

Bern. No salgas de aqui, Martin.

Harta sogá lleva al cuello
quien así vive. Os encargo
á todos, guardéis secreto,
en este caso. Ahora vamos,
y á mi hija divertiremos.

Patri. Vamos solo á disponer
que se cumplan mis deseos. *vansen.*

*Salon corto. Sale Don Luis siguiendo
á Don Carlos, que se verá como
sorprenhido.*

Luis. Adónde vais tan confuso?
A quién buscabais? Qué es esto?
Quién os traxo aqui? No hablais?
Tal turbacion, y silencio,
me hacen, que sospeche:::-

Carl. Nada
sospecheis de mí. Me encuentro
turbado: Es verdad. La suerte
me persigue. Solo anhelo
por vér á Enrique; que el sabe
mis males antiguos; pero
quiero sepa los presentes.
Es mi amigo verdadero,
y mi bien hechor.

Luis. Pues si

ese solo es vuestro intento,
esperad un rato aqui,
que llamar á Enrique ofrezco.
El ayre de este Soldado
causa lastima, y respeto.

Carl. Qué es lo que pasa por mí?
Es esto verdad, ó sueño?
Si mandó Enrique ocultarme
en su quarto, como luego
del mismo quarto me sacan,
como un delincuente preso,
y me hacen cargo de un crimen,
que no alcanzo? Pues qué es esto?
Qué abismo de confusiones
me cerca? Sagrados Cielos,
aun de un riesgo no he salido,
y en otro mayor me encuentro?
Ay de mi infeliz.

*Queda consternado de dolor, y sale
Doña Matilde.*

Mat. Si acaso
mi amo estará:- Mas advierto
un Soldado alli. Y con cuánta
inquietud está! Qué extremos
hace tan tristes! El alma
me parte! Valgame el Cielo!
Qué reparo? Aquel semblante
no es el de:-

*Carlos, con un impetu de dolor parte
á la derecha, se ven los dos, y
quedan sorprendidos.*

Carl. Yo voy huyendo
de mi mismo:- Mas qué miro?
Mat. Dios mio, que es lo que veo?
Carlos?

Carl. Matilde del alma:-
Esposo:-

Los 2. Dulce _____
Esposa:-

Carl. Qué te vuelvo
á vér?
Mat. Qué á mi vista estás,
esposo mio?

Carl. No demos
lugar á que aqui me vean,

porque estoy en grande riesgo.
Tienes adónde ocultarme?

Mat. En mi propio quarto.

Carl. Presto;
vamos, Matilde, que alli
breve cuenta nos darémos
de nuestras muchas desdichas.

Mat. Ya ninguna tener puedo
á tu vista.

Carl. Con la tuya
las mias se concluyeron.

Mat. Sigüeme por este lado.

Carl. Mi norte eres.

Mat. Tu mi centro.

Los 2. Por esta dicha, Dios mio,
ser, vida, y alma os ofrezco.

Vanse. Sale Enrique precipitadamente.

Enr. Aqui me dixo mi hermano
que el Soldado estaba. Cielos,
sin duda es Don Carlos, pues
las señas no me mintieron.
Pero el como puede ser,
si quedó encerrado? Llegó
á mi quarto, por si acaso
otra vez en él le encuentro.
Pero Martin, y Marcela
vienen aqui: tal vez ellos
aclaren la confusion
en que me hallo.

*Salen Martin, y Marcela sin vér á
Enrique.*

Mart. Era moreno,
y de estatura pequeña
el ladron.

Marc. Con que en efecto,
venia á robar al amo?

Mart. Toma; si él:-

Enr. Martin, pretendo
que me digas, si un Soldado:-

Mart. El que al amo robó? De eso
le daba cuenta á Marcela.

Enr. El qué robó? Cómo?

Mart. Creo
que el caso ignorais, oidme.
Un Soldado, no tan recio
como yo, poco mas alto,
pero que es mucho mas negro,

que los que produce Angola, en vuestro quarto encubierto estaba, despues de haber roto, segun me dixeron, aquel arcon formidable adonde tiene el dinero el amo, y despues de haber sacado de oro un talego, que se le encontró despues. Esto se supo á tal tiempo, que al quarto acudimos todos; y él apenas llegó á vernos, furiosamente echó mano á un trabuco narangero, que era capáz de arruinar las casas de Ayuntamiento. Todos quedaron temblando, viendo la boca de infierno del tal trabuco; mas yo, que jamás conocí al miedo, me puse en planta: enarbolé el palo, y con tal acierto le descargué un garrotazo, que dió redondo en el suelo. Se echaron todos sobre él; y se condujo al momento á la presencia del amo; entregó todo el dinero que habia robado; y su rostro mirando yo mas atento, conocí que era este mismo, el que con dos compañeros, me robó el año pasado las obejas. En efecto, usando de su piedad el amo, le dexó suelto, y le dió la libertad; pero baxo del concierto, de que si otra vez le veía aquí, le ahorcaba. Con esto él se marchó, y nos quedamos nosotros. Se acabó el cuento.

Enr. Qué es lo que he oido? Podré creer lo que has dicho?

Mart. No tengo empeño en que lo creais, ó no; pero todo es cierto;

á excepcion de algunas cosas, que en unos casos como estos, segun se van escuchando, se suelen ir añadiendo.

Enr. Y que has añadido en este?

Mart. Poquisimo. Solo aquello de descerrajar el arca, lo de sacar el talego de élla: el trabuco: el leñazo que le dí: hallarle el dinero: las cabras, y otras frioleras, que no quitan al suceso, ni dan el mayor valor.

Lo demás es verdadero. (ne,

Marc. Pues que es lo que á quedar viene quitandole todo eso?

Mart. Queda la verdad desnuda; que asi rara vez la vemos.

Enr. Martin, quiero busques á ese Soldado, por todo el Pueblo, y que en tu casa le ocultes hasta avisarme; te ofrezco si haces esta diligencia con cuidado; veinte pesos.

Mart. Veinte pesos? Soy capáz de penetrar todo el seno de la tierra, hasta encontrarle, por pillarlos. Voy corriendo, y hasta que consiga hallarle, Marcela, á verte no vuelvo. *va*

Marc. Ojalá que no te viera en mi vida mas. Qué enredo levantó al pobre Soldado!

Enr. Te pido guardes secreto en lo que dicho á Martin, Marcela. Ningun sosiego *ap.* tendré hasta vér á Don Carlos! Pero de Ventura debo informarme, pues la llave se llevó. *vast.*

Marc. Yo haré vér, que las mugeres guardan silencio sabemos en lo que se nos encarga mejor, que los hombres. Ellos por habladoras nos tienen; mas nos exceden en esto. *vast.*

Salon largo, que dá vista á un delicioso jardin, por medio de unas berjas de yerro, que le divide. Salen Aniceta, y Don Luis.

Luis. Permite me, amada prima, que solamente te advierta la pasion con que te adora, y la voluntad honesta que mi corazon te tiene.

En fin, que mi muerte es cierta si te pierdo. Esto no ignores, y gocete Enrique, mientras que yo espiro entre las ansias mortales, que me atormentan!

Anic. Te he escuchado, Luis; y solo puedo darte por respuesta, que tu voluntad sencilla mi fiel corazon aprecia; que al amor no reconozco; que mi padre es el que ordena mi union con Enrique, y que es preciso le obedezca.

Luis. Y he de sufrir que mi hermano, mas dichoso, que yo sea?

Anic. Mas dichoso? Pues que dicha logra en sér mi Esposo?

Luis. Aquella que puede dar tu hermosura al que logre merecerla.

Anic. Enrique, y tu me alabais tanto de hermosa, que es fuerza creer que lo soy. Si, convengo en ello; pero si piensas que es la dicha de un marido tener la muger muy bella, te engañas: es inquietud continua: es como un cometa, que no vaticina mas, que estragos. Diganlo Grecia, y el Asia; pues se arruinaron por la hermosura de Elena. Una muger propia, basta que cuidar su casa sepa, sin que por horrible espante, y que virtuosa sea. Desengañate, Luis:

quien posehe una belleza, es poco feliz. La rosa que nace para ser reyna de las flores, muere luego, que á manifestar empieza su hermosura. Ni la libran las espinas, que la cercan, de la mano que la corta, en la qual luego se seca.

Luis. Tu dices bien; pero yo es imposible, que pueda permitir seas de Enrique,

Saliendo éste,

sin que mi vida fallezca.

Enr. Pues quién me podrá estorvar la dicha de que Aniceta sea mia, si su padre, y nuestro tio, me eleva á tal gloria?

Luis. Lo podrán estorvar mis tiernas quejas, mis amorosos suspiros, mis ansias, y amantes penas.

Enr. Entonces yo sabré hacer:--

Luis. Qué has de hacer?

En terminos de embestirse.

Anic. A mi presencia asi perdeis el respeto?

Interponiendose para separarlos, y al mismo tiempo salen Don Bernardo, y Patricio.

Bern. El que el respeto te pierda, ignora que un cruel castigo mi rigor le hará que sienta? Hija, qué ha sido esto?

Patri. Todo vá bien.

ap.

Anic. Una competencia amorosa, padre mio, entre Luis, y Enrique. Llegan á amarmé tanto los dos, que se llama el que me pierda desgraciado. Ved si logro en esto dicha pequeña. Esto ha sido, y esto no quiero que os cause impaciencia.

Bern. No, hija mia; pero si

los dos de ese modo piensan,
tengase por desgraciado
Enrique.

Enr. De qué manera?

Bern. Porque debo dár á mi hija
esposo que la merezca,
y tu no eres este. En Luis
solo el mérito se encuentra.

Luis. Qué oygo! *Lleno de gozo.*

Anic. Qué escucho! *Sobresaltada.*

Enr. Señor, qué decís?

Con extrema inquietud.

Bern. De mi presencia
quitáte, sino pretendes
vér mis iras satisfechas.
Sé tus intenciones: sé
tus delitos. La vergüenza,
horror, y remordimientos,
es posible, que no tengan
facultades para darte
la muerte?

Patri. Usad de clemencia *á él ap.*
con él, por Dios, Señor.

Bern. Si:
bien, Patricio, me aconsejas.
Vete de mi vista,

Enr. Cómo
queréis, Señor, que obedezca,
si me habeis dexado muerto,
pues ignoro:::-

Bern. Tu conciencia
te lo dirá claramente.

Luis. Qué confusiones son estas! *ap.*

Anic. De asombrada estoy tem-
blando! *ap.*

Bern. Aquí mas no te detengas.

Enr. Ya me voy, Señor. Dios mio,
dad luz á tantas tinieblas! *vase.*

Bern. Si, hija mia; con tu primo
Luis, te has de casar; te aprecia,
y en fin, te merece. Enrique
es un traydor.

Anic. Pero sepa,
padre mio, en que ha faltado.

Luis. Lo mismo, Señor, os ruegan
mi amor, y respeto. Aunque
hoy me elevais á la inmensa

felicidad que apetecen
mis sentidos, y potencias,
dandome á vuestra hija, cómo
la he de lograr con aquella
amable tranquilidad
de que es digna, si en la mesma
ocasion miro á mi hermano
cubierto de horror, y afrenta,
y sin saber por qué causa?

Bern. Ahora no puedes saberla.
Vén conmigo: y tu hija mia.
que de Luis has de ser piensa.
Voy á que Ventura aclare *ap.*
las criminales ofensas
de Enrique.

Vanse los dos.

Patri. Este es el momento *ap.*
de conseguir mis idéas,
pues ya Ventura está pronto
en todo á favorecerlas.

Anic. No me sacarás, Patricio,
con tu natural prudencia
de este cahos de confusiones,
y dudas que me rodean?
Qué es esto? Enrique, qué ha hecho
para que asi desmerezca
la gracia de mi buen padre?
Qué hice yo, para que sea
el juguete de la suerte?
Ya, se me alaban las prendas
de Enrique. Ya, por mi esposo
se le elige: y mi obediencia,
no mi amor, le admite fiel:
y quando el plazo se acerca
de la union indisoluble,
se le insulta, se desprecia,
y de mi se le separa.

A Luis se le privilegia
para mi mano, y en nada
piden mi condescendencia.
Pues qué es esto, otra vez digo?
Enterame tu, siquiera
porque tenga menos dudas,
aunque mas desgracia tenga.

Patri. La causa, que á vuestro padre
asista, para usar esas
mutaciones ~~yo~~ la ignoro;

pero reconozco, que ella será muy justificada, quando obra de esa manera. Lo que yo puedo advertiros es:- Veré si hay quien pueda escuchar. Solos estamos. Oídme, y estad atenta, porque voy á declararos lo que podrá hacer eterna, ó vuestra dicha, ó desgracia. Mas la eleccion será vuestra.

Anic. Me confundes mas con esos misterios, que no penetra mi corazon.

Patric. No se alcanzan, sin la luz de la advertencia. Ni de Enrique, ni de Luis, podeis ser esposa. Si ésta noticia asi os estremece, que no hará lo que me resta que deciros?

Anic. No es preciso, que esa afirmacion, suspenda mi ánimo?

Patr. Si; mas debeis escucharme sin que os pueda suspender nada. Otro amante teneis, que aunque no se encuentra con los meritos de un joven, no estima en vos la riqueza, ni hermosura. La virtud que teneis, sola es la prenda que le arrastra á amaros, para haceros feliz; pues piensa, (y con razon) que si á el no os enlazais, la miseria, la obscuridad, y el oprobio os acercarán, de manera, que con él, seréis dichosa, sin él, infeliz por fuerza.

Anic. Que es lo que dices? Mis ansias son tus clausulas aumentas.

Patric. Como yo sé producir las, tambien sabré desacerlas. Nada temais: Yo naci para velar sobre vuestras dichas. Mientras yo no os falte,

no podreis carecer de ellas.
Anic. Pero acaba de explicarme lo que ansiosa el alma anhela.

Patric. Este, que os ama lo mismo que un padre, soy yo.

Anic. Qué pena!

Tú:- *Patric.* Yo.

Anic. Y te atreves:-

Patric. A qué me atrevo?

Nada hay que tema; pues me parece que os hace mucho favor mi fineza.

Vuestra altivez, solo nace de estar en la inteligencia, de que es Don Bernardo vuestro padre; y cosa mas incierta no la hay.

Anic. Valgame los Cielos!

Qué dices, alma perversa?

Mi padre no es Don Bernardo?

Patr. No lo es: Ni su esposa muerta fué vuestra Madre. La cuna que os dió la naturaleza, fué tan humilde, que causa solo su memoria afrenta.

Yo guardo los documentos, que acreditan la evidencia de mis razones. Hablemos sinceramente, Aniceta.

Si este secreto descubro, á qué no quedais expuesta?

A ser la mofa de todos, á la injuria, á la bajeza mas despreciable. Habrá quién no os ultrage quando os vea? Vuestros mismos Primos, esos que os tributan por ofrenda sus corazones, serán

los primeros, que se ofendan de que Primos los llamasteis; y aun para mas pena vuestra, mi Amo, el mismo Don Bernardo, que como á hija hoy os aprecia, os arrojara de sí con rigor, luego que sepa vuestro origen, y la causa que hubo para que él os diera

el nombre de hija. Todo esto reconocereis por fuerza que ha de suceder. Y cómo tantos males, se remedian? Siendo mi esposa, y quemando vos misma el papel, que encierra este secreto. Con esto disfrutaremos la hacienda de Don Bernardo. Sereis, sin la menor controversia, tenida por hija suya: y tendreis, en fin, aquellas satisfacciones, que un alma como la mia, os desea.

Anic. Barbaro, monstruo el mas fiero que crió naturaleza, aun quando fuese verdad, que Don Bernardo no fuera padre mio: aun quando todos los trabajos, que ponderas me acometiesen; discurres tengo yo un alma tan llena de maldades, como tu, que condescender pudiera á una culpa tan atróz, como la que me aconsejas? Yo, sin ser de Don Bernardo hija, poseher su riqueza, y quitarsela á los que heredarle deben? Estas persuasiones tan horribles, estos documentos, muestran tu iniquidad, tu perfidia, tu ambicion, y tu vileza. Y para que reconozcas que la virtud solo reyna en mi corazon, y que éste todo lo demás desprecia; Padre, Luis, Ventura, Enrique. Aya mia.

Patri. El labio cierra, que te pierdes, y te pierdo.

Anic. Aparta. Padre:: Marcela::

Salen Marcela, Ventura, los Labradores, y Enrique por la derecha, y por la izquierda Doña Matilde, D. Luis, y D. Bernardo.

Labrs. Vent. y Marc. Qué quereis, Señora?

Enr. y Luis. Prima, quién te ofende?

Mat. Hija:::-

Bern. Aniceta

del alma mia, qué es esto?

Mas qué haces tu aqui? *á Enr.*

Enr. Las tiernas

voces, con que llamó á todos mi prima, con la presteza posible, aqui me trajeron.

Bern. Bien está. Mas tu lamentas, suspiras, y lloras, hija?

Un gran mal mi alma recela.

Anic. Ah, padre mio!

Con un impetu de sorpresa se arroja á sus pies.

Bern. Qué es esto?

alza á mis brazos: alienta.

Patri. Si ella habla, todo se pierde. *ap.*

Anic. Padre (que aunque no merezca llamarnos así, este nombre mi amor, respeto, y terneza os darán siempre) yo:::- Ay Dios!

Bern. Habla.

Anic. No soy hija vuestra!

Bern. No eres mi hija?

Anic. No señor:

Patricio así lo asevera!

El partió mi corazon

con noticia tan funesta;

y él hará que acabe entre el horror, y la verguenza. *vase.*

Bern. Aya, seguidla, por Dios.

Mat. Voy corriendo. Qué las penas no han de faltarme, por mas que otras acaben! *Paciencia vase.*

Bern. Patricio, tu en este dia solo en affigirme piensas. Aniceta no es mi hija?

Patri.

Patri. Supuesto, Señor, que es fuerza
declararos la verdad,
no lo es: ni tampoco vuestra
difunta consorte, fué
madre suya. Con su letra
os lo haré vér claramente.

Enr. y Luis. Qué confusion!

Marc. Qué novela!

Vent. Señor, tengo que advertiros.

á el aparte.

Bern. Mi corazon lo desea.

Vent. Yo no puedo consentir . . . *ap.*
que se agravie la inocencia.

Bern. Y dónde esa letra está,
para que de una vez beba
el veneno con que brindas
á mi vida?

Patri. Yo quisiera:::-

Bern. Darme muerte: así lo veo.

Hazme al punto manifiesta
esa declaracion.

Patri. Vamos á mi quarto.

Bern. Qué cruel pena!

Enr. Qué pesar!

Luis. Qué atroc. tormento?

Los 3. Ay mi querida Aniceta!

Bern. Vamos. Y entre tantas ansias:::-

Luis. Tanta desdicha:::-

Enr. Y tristeza:::-

Bern. El Cielo nos dé consuelo,
luz, constancia, y fortaleza.

JORNADA TERCERA.

Acton corto. Salen Don Bernardo,
y Patricio.

Bern. Ya estamos solos. Patricio;
traspasa, traspasa, aprieta
mi corazon, con el golpe
terrible, y mortal, que espera.

Patri. Harto lo siento, Señor!
mas me dicta mi conciencia,
que no os debo ocultar mas
una noticia como esta.

Bern. Despues te responderé.
Habla, pues.

Patri. Esperad, mientras
os traigo los documentos
que mi verdad manifiestan.
Salir bien de todo espero, *ap.*
usando de otras cautelas. *vase.*

Bern. Qué amargas zozobras paso!
Habrá en el mundo, quien pueda
tener tantos sentimientos,
como los que á mí me cercan?
La muerte de una consorte
la mas amable, y mas tierna:
la perfidia de un sobrino
suyo, que de la miseria
saqué, desde pequenuelo,
y que pensaba vér hecha
su fortuna por mi mano!
Y para aumentar mis penas,
aseguran que no es mi hija,
la que como á tal aprecia
mi corazon!:::- Mas ya vuelve
Patricio. Cielos, paciencia!

Sale este con unos pales.

Patri. Esta es la declaracion
de mi ama, y esposa vuestra,
difunta: éste, el testimonio,
que afirma la verdad de ella.
Leedlos; pero de modo,
que aunque la vista se tenga
en el papel, esté en Dios
muy resignada, y sujeta
la voluntad; porque así
se logra, que no se sientan
las desgracias de este mundo;
pues todas son pasajeras.

Bern. Dices muy bien. En efecto,
este es todo de la letra
de mi difunta consorte;
al verle, mi cuerpo tiembla!
Dadme favor, justo Cielo!
Dice, en fin, de esta manera.

Lee „ Yo Doña Antonia Andrade,
„ muger de Don Bernardo del Po-
„ zuelo, estando postrada en la ca-
„ ma de la enfermedad, que Dios
„ nuestro Señor se ha servido dar-
„ me, y creyendo muy proxima mi
„ muerte, declaro; que la joven
„ Ani-

„Aniceta, no es hija mia; pues
 „viendo el extraordinario senti-
 „miento de mi marido, y su tibio
 „amor por la falta de sucesion, me
 „fingi embarazada, y en la ausen-
 „cia que hizo á Cadíz, fié este se-
 „creto de Patricio, criado de nues-
 „tra casa, por cuyo medio me hice
 „con una niña recién nacida, á la
 „que se le puso por nombre Anice-
 „ta, la qual al regreso de mi espo-
 „so fué recibida de él con aquella
 „terneza, que inspira el amor pa-
 „ternal. Lo que confieso para des-
 „carga de mi conciencia á presen-
 „cia de Don Isidro Valcarcel, Es-
 „cribano Real de S. M., y de otros
 „muchos testigos. Y pido á aquel
 „dé Testimonio de haberme visto
 „escribir, estando en mi sano jui-
 „cio, esta declaracion; cuyos do-
 „cumentos entregará al dicho Pa-
 „tricio para que los ponga en mano
 „del expresado Don Bernardo del
 „Pozuelo, mi marido, para que
 „en su vista crea, que la dicha
 „Aniceta no es hija nuestra. Y le
 „ruego encarecidamente me per-
 „done este exceso, que hice solo
 „con el fin de agradarle, y aliviar
 „su pesadumbre. Valladolid 28 de
 „Abril de 1768= Doña Antonia
 „Andrade=“

En fin, llegó mi amargura
á completarse! Aquí, asienta

Despues de haber visto el otro papel.
el Escribano por cierto,
lo que á él le toca, y se expresa
en este. No hay mas que vér!
No es hija mia!

Patri. Quién niega
esa verdad? Dos vecinas
de su infeliz madre, apenas
salió á luz, me la entregaron,
segun tenia con ellas
convenido. Madre, é hija,
eran las dos; por mas señas

que su casa la tenían
en la calle de las Huertas.
Conduje la niña á mi ama,
(que esté en gloria) y fué tan diestra
en fingir el parto, que
no hubo quien no le tubiera
por verdadero.

Bern. Mas quienes
son los padres de Aniceta?

Patri. Padre no se la conoce:
pues su madre fue soltera;
y á su baxo nacimiento,
mas obscureció el tenerla,

Bern. Pero una planta tan mala;
pudo producir tan buena
rama? No lo creo. Mas,
una falsedad como ésta,
cómo tu me la ocultaste
tanto tiempo?

Patri. No era fuerza
que el secreto, que ofrecí
guardar á mi ama, cumpliera?

Bern. En agravio de tercero,
quien guarda un secreto, peca.
Pero cómo antes que á mí
lo descubriste á Aniceta?

Patri. Porque quise prevenir
vuestro corazon por ella.

Bern. Eres un traydor, un vil;
y si al Cielo no temiera,
con el último castigo
me vengira de esta ofensa.
Vete de aquí.

Patri. Señor, yo:- *Bern.* Vete.

Patri. Fuerza es que obedezca.
Vamos á pensar el modo *ap.*
de que calme esta tormenta. *vas.*

Bern. Ya esto no tiene remedio.
En tales casos, enseña
la razon, se use del medio
mas prudente. Y qué, á Aniceta
desamparará el amor
paternal, que la profesa
mi alma! Yo consentiré
qué entregada á la miseria,
y al oprobrio viva? Oh, Dios!
Primero mi muerte sea!

Yo puedo dotarla : puedo hacer:- Nada me contenta, en no haciendo todo quanto me es posible hacer por ella. Pero es fuerza meditar bien este asunto. Me alegra

Despues de haber reflexionado. este pensamiento. Pero qué dirán? Y quién se dexa vencer de lo que dirán, en siendo la intencion recta como lo es la mía? El que á la voz del mundo atienda, y no á la de la virtud, vá engañado. Solo es esta la que escucho ; lo demás, no me hace ninguna fuerza. Esto es lo que importa ahora. Perdona, amada Aniceta, que es preciso atormentarte, para qué dichosa seas. Ola.

Por la izquierda salen algunos Labradores, Marcela, y Don Luis, y por la derecha Ventura, Enrique, y otros Labradores.

Los unos. Señor, qué nos mandas?

Los otros. Decid, Señor, lo que ordenas?

Bern. Yo no te he llamado á tí.

A Enrique, que le hace cortesía para irse, y despues le detiene.

Oye: pues veniste, espera. Sobrinos, criados, sabed, para que este infeliz muera, que Aniceta no es mi hija. Su madre, que era soltera, fué de un nacimiento obscuro, y no hay por donde se sepa quien fué su padre. Leed la declaracion de vuestra difunta tia, que todo se declara bien en ella.

Le dá el papel á Luis, éste lee para sí. Enrique llega á él, y lee tambien.

Luis. Aniceta desdichada!

Despues de haber leído.

Enr. Ah, desgraciada belleza!

Luis. A mi corazon traspasan los pesares que te cercan!

Enr. Quién pudiera remediarlos con la sangre de mis venas!

Bern. Mucho lo sienten los dos; *ap.* y esto á mi intencion no adequa.

La tendré oculta, hasta hacer otra mas grande experiencia.

En efecto, este dolor á mi corazon penetra!

Marc. Pobre ama mia!

Vent. Su alma no es digna de la baxeza que la dá su nacimiento.

Bern. Dices bien, Ventura; y esa reflexion, es la que mas me entristece, y atormenta.

Enr. Mas, Señor, aunque merece Aniceta compadezcan todos su suerte, deveis no sentirla de manera, que estrago de este pesar, vuestra amable vida sea.

Marc. Eso sería arrojar la sogá trás la caldera.

Enr. Ni he sabido de D. Carlos, *ap.* ni Ventura satisfechas dexó mis dudas, é ignoro en que yo á mi tío ofenda.

Luis. Templad vuestro sentimiento, Señor.

Bern. Ay dulce Aniceta! Id corriendo todos, id á consolarla: ella entienda su desgracia; pero hacedlo con expresion tan discreta, que sin que pueda ignorarlo, que no lo decis parezca.

Todos. Lo haremos así, Señor, si es que el tormento nos dexa.

Enr. Sacadme, Cielos piadosos,

de tan horribles tinieblas.

Vanse todos menos Ventura.

Bern. Ventura?

Vent. Solicitaba

mi ansioso corazón, esta
ocasion.

Bern. Pues vás á darme
de tus lealtades la prueba
mas grande. Dime de Enrique:--

Vent. Diré de Enrique:--

Bern. No tengas temor.

Vent. Que en él, mal tratada
se vé, Señor, la inocencia.

Bern. Cómo?

Vent. Mi alma no es capaz
de acceder á la vileza
con que procuró Patricio
mancharla.

Bern. Patricio? *Vent.* Quieran
los Cielos, que ántes yo espire,
que contribuya á sus fieras
intenciones!

Bern. Qué me dices?

Vent. Que una muerte infeliz tenga
si á la verdad falto! Oidla,
que ella os habla por mi lengua.
Patricio es un traydor.

Bern. Calla,
que aquí puede su cautela
escucharnos. En mi quarto
me darás de todo cuenta.

Vent. Pero entre tanto, creed,
que en Enrique no se encuentra
sino bondad, y en Patricio
maldades.

Bern. Tu me consuelas!
Y verás que á éstas castigo,
y que sé premiar á aquella. *vanse.*

Salen Martin, y Marcela.

Marc. Todo esto pasa.

Mart. No andemos
en mas enredos, Marcela.
Del que levante al Soldado,
te quieres vengar; pero esa
no pasa por acá.

Marc. Pues
acaso soy yo embustera

como tú? Sabes que no hablas
pílabra, que verdad sea?
Sabes, que de tus embrollos
ni estan libres las obejas,
pues contaste el otro día
que una parió seis becerras,
y la vieja, que te oia
se hizo mas cruces, que estrellas
tiene el Cielo? Sabes:--

Mart. Se

todo aquello que tu quieras;
pero yo no he de creer,
que no es del amo Aniceta
hija. Aun que yo miento mucho,
tambien á veces las hechas
tan grandes, que es menester
taparse bien las orejas,
para no quedarse sordo
del estallido, que pegan.

Marc. Mientes picaron.

Mart. Si, miento!

Pues dí, muger, no ta cuerdas
quando contaste cavias
visto un Lobo en la Dehesa,
con dos patas, y no más?

Marc. Si ma cuerdo; y si tubieras
soldemente una migaja
de razon, me agradecieras
tal mentira, porque el Lobo
eras tu.

Mart. Ola? Yó era, he?

Marc. Pues no tallé hecho un zaque
tendió como una bestia?

Mart. Si, aquel día empiné mucho,
y se subió á la cabeza.

Ahora digo, que en tí tengo
una muger muy discreta,
pues aunque explicas mis faltas,
las dices de tal manera,
que nadie comprehender puede,
que es por mí por quien las cuentas.

Sale Enrique.

Enr. Martin, hallaste al Soldado?

Mart. Señor, jui á varias tabernas,
al Hespital, y Mesones,
á la Plaza, y á las tiendas,
que son los sitios comunes

que

que los Soldados frecuentaa.
Dempues anduve rodando
las calles, y callejuelas,
pero maldito el demonio,
si en parte alguna se encuentra.
con que solo con diez pesos,
se paga mi diligencia.

Enr. Por qué sino le has hallado?

Mart. No andemos en frioleras,
que el trato es trato. Usted dixo,
que me daría á mi vuelta,
si le hallaba, veinte pesos.

Marc. Eso es verdad.

Enr. Quién lo niega?

Mart. Yo ofrecí buscarle, y traerle;
con la mitad de mi oferta
cumplí en buscarle, usted haga
lo mismo con su promesa,
y nadie queda engañado,
partiendo la diferencia.

Saliendo Don Bernardo.

Enr. Calla, que viene mi tio.

Bern. Quién de Patricio creyera
tal maldad! A este impostor
darle un buen castigo es fuerza.

Mart. Nostramo, yo::-

Llegando á Don Bernardo.

Bern. Idos de aqui.

Enfadado le dá en un lado.

Mart. Me ha estropeado.

Vén Marcela.

Marc. Para destetar chiquillos,
la cara de mi amo es guena.

*Vanse los dos, y Enrique quiere hacer
lo propio.*

Bern. Enrique, dónde vás tú?

Enr. Señor, de vuestra presencia
me retiro, porque sé
que os disgusto estando en élla.

Bern. Ya se acabó todo. Vén;
entre mis brazos te estrecha.

Enr. Ah, Señor! El alma en ellos
mi fiel respeto os entrega!

Bern. Dime, quién fué aquel Soldado,
que mandaste le tuviera
Ventura, en tu quarto oculto?

Enr. Un infeliz, que la adversa
fortuna, persiguió muchos
años; pero que hoy espera
su alivio. Le conocí
en San Roque, dónde vuestra
bondad me envió, porque viese
el estado de la guerra
con Gibraltar. Le traté
á fondo, y me hizo una exteñsa
relacion de sus desdichas,
de su estado, y su nobleza.
El es Teniente.

Bern. Teniente?

Qué grande fué mi imprudencia
en dár credito á un traydor,
y á un hombre illustre hacer fuera
tenido por asesino!

Enr. Por asesino?

Bern. Y tu eras
quien el crimen promovias
contra mí.

Enr. Que me extremezca
al oiros, es preciso.

Bern. Ya está esa nuve desecha,
y tu inocencia aclarada.

Enr. Y ese impostor, quién fué?

Bern. Dexa

para despues el saberlo,
que su castigo haré veas.

Mas dónde está ese Soldado?

Enr. Por mas que mis diligencias
lo pretendieron, no he vuelto
á verle.

Bern. Mucho me pesa
no poder perdon pedirle
de las injustas ofensas
que le hice.

Enr. Pero, Señor,
no sabré::-

Bern. Te daré cuenta
de todo á su tiempo. Dime,
cómo recibió Aniceta
aquella infausta noticia?

Enr. Con la mas humilde, y tierna
resignacion!

Bern. Alma amable!

Pero yo discurro, que ella

ap.

te tendria mucho amor.
Enr. Ninguno: por la obediencia
 se unia á mí.

Bern. Y eso, cómo lo sabes?

Enr. Con su sincera
 claridad, me lo expresó.

Bern. Esta noticia me alegra. *ap.*
 Y queria á Luis?

Enr. Lo mismo que á mí.

Bern. Mejor. *ap.*

Enr. Solo al que era
 reputado por su padre
 tenia amor.

Bern. Me embelesa *ap.*
 esta declaracion! Pero
 finjamos. Yo bien quisiera
 hacerla feliz; pero es
 imposible. La baxeza
 de su nacimiento, es
 á su dicha en todo opuesta.

Enr. Mas la humanidad, Señor,
 pide se la favorezca.

Bern. Ya hice quanto pude, Enrique,
 y ya es otro tiempo. A verla
 conmigo vén. *ap.*
 á hacer la ultima experiencia. *vas.*

Enr. Aunque este golpe mortal,
 tanto mi corazon sienta,
 Cielos, yo os tributo gracias,
 porque haceis, que mi inocencia
 justificada se mire
 de imposturas tan horrendas. *vas.*

*El Salon con jardin. En una silla de
 brazos estará sentada Aniceta. Sobre
 la mano derecha tendrá reclinado el
 rostro, apoyado el codo en el brazo de
 la silla. En esta situacion hará estremo-
 mos de sentimiento. Doña Matilde, que
 estará á su lado, sentada en un ta-
 burete, manifestará en sus acciones el
 que le causa verla asi. Y despues de
 una corta intermision, dice con
 voz penetrante aparte.*

Mat. Quando hallo á mi esposo, quando
 sus penas calman, y cesan

las mias: quando ya sabe
 mi historia, que es tan funesta,
 y yo la suya infeliz:
 y quando, por fin, espera,
 que derrame nuestro Rey
 hoy sobre él su real clemencia,
 me aguardaba este martirio!

Mirando á Aniceta.

Pero consolarla es fuerza.
 Vamos, hija amada mia,

Con mucha terneza.

será bien que tu prudencia,
 y resignacion amables,
 en un instante se pierdan?

Anic. Pues Señora, qué quereis
 exigir de mí?

Con devilidad.

Mat. Unas pruebas

que me acrediten, que sabes
 sentir; pero con discreta
 templanza: al modo del que
 al que está idropico intenta
 curar, que dexa se enjuague,
 mas no permite que beba.
 Tu has perdido mucho, si:
 pero mucho mas perdieras,
 si hubieses asenso dado
 á las horribles influencias
 del cruel Patricio. Y qué, crees
 que él no está pasando penas
 mas atroces, que las tuyas!
 Al que un pesar atormenta,
 siente aquel pesar no más.
 Y al que acusa la conciencia,
 todo quanto vé, le affige,
 le castiga, y desespera.
 El disimula; mas dentro
 del corazon, qué cruel guerra
 le hacen los remordimientos,
 qué inseparables le cercan!
 que es muy cobarde la culpa,
 y un delito mucho acuerda.
 En fin, hija mia, en todo

estado, la Prövidencia
piadosa nos oye. Todas
las lineas, al centro aciertan
por rumbos distintos. Pues
tranquilizate, y alienta,
Aniceta mia. En mí
una nueva madre encuentras,
que derramará su sangre
por tí: que abrirá las puertas
de su tierno corazon,
para que en él siempre tengas
morada fiel, norte fixo,
y un compañero en tus penas.

Aniceta, conmovida de la ternera de estas expresiones, se incorpora con eficacia, mira á Doña Matilde, quiere hablarla, la fuerza de su gratitud se lo impide, hasta que precipitandose á sus pies exclama,

Anic. Ah, Señora mia!

Mat. Hija,

La levanta, y reclina sobre su pecho.

levanta: á mi pecho llega,
y alimentete la sangre
que circula por mis venas!

Anic. Que seno tan delicioso
para mí es este! El consuela
todas mis fatigas: y el
es el paño donde puedan
mis lagrimas recogerse,
por mas frecuentes que sean!

Se incorpora

Perdí un padre que adoraba
tiernamente. La opulencia
perdí, que heredar debía:
la estimacion que tubiera
por hija suya, se ha vuelto
obscuridad. Todas estas
desgracias á un mismo tiempo,
que extraño, Señora, fuera
que la vida me quitáran!
Peró con otras mas serias
reflexiones me consuelo.
Yo sé bien, que las riquezas
son los ciertos enemigos

que el sueño, y quietud alteran.
Nada á las aves las falta,
por mas que nada posean.
Y el trabajo, y la fatiga
gana el sustento á las fieras.
La nobleza de la sangre,
fué acierto de quien se hereda,
no mérito del que luego
que sale al mundo, la encuentra.
Pero la virtud procede
de Dios, y aquel que la tenga,
todo lo tiene, por mas
sentimientos que padezca.
El oro, para lucir,
primero en el fuego suelta
la escoria. Para brillar
el diamante, la violencia
del acero, y de sí mismo,
animoso experimenta;
y aquello que los castiga,
es lo que los hermosa.

Me acuerdo que estuve un dia,
contemplando en una yedra
lo mismo que ahora me pasa.

Qué frondosa estaba, y fresca!
Mas la atencion puse, en que
inclinaba la cabeza
hasta sus raíces; y dixé:

Esto es como quien no aprecia
la elevation. Quanto este arbol
(continuaba yo) me enseña!

Quando lleguen á cortarle,
como están sus ramas hechas
á estar en el suelo, en el
aun derribandolas, quedan;
y al que en la altura se abate,
el descanso no le altera.

Con que como ya en mi pecho
estas reflexiones eran
tan frecuentes, dispusieron
mi ánimo á sufrir, pues ellas
inspiran resignacion
al que sabe conocerlas,
y contrastan su desdicha,
su afliccion, su mal, y pena.

Mat. Otra vez dame los brazos,
que me hechizas, y embelesas.

Con sumo gozo.

Pero toda la familia,
con Don Bernardo, aquí llega.

Salen los Labradores, Martin, Marcela, Ventura, Don Luis, Don Enrique, y Don Bernardo, todos haciendo extremos de sentimiento. Aniceta apenas vé al que tenia por padre, corre precipitadamente, y se arroja á sus pies, él la levanta á sus brazos, quiere, y no puede hablarla de dolor.

Anic. Ah, padre mio! Dexad que este dulce nombre sea mi consuelo. En todos leo (y no admiro que así sea) indelebles caracteres, que mi improprio demuestran; mas con la virtud, aguardo que esta desgracia se venza. En la Cartilla del dia pasado, es donde se encuentra leccion para el venidero; porque es el tiempo una escuela, en la que se leen avisos de las propias experiencias. Mi desdicha está vencida con poco. Como yo os tenga á mi vista, y pase desde hija, á ser criada vuestra, ni sentiré mis oprobrios, ni quantas injurias puedan sobrevenirme. Señor, lo permitireis? Mis tiernas lagrimas no han de lograrlo de vuestra mucha clemencia? No me lo negueis, Señor, pues será mi muerte cierta.

Bern. Preciso es ser insensible, *ap.*
ó llorar tambien con ella.

Se limpia las lagrimas con disimulo.

Luis. Qué espectáculo tan triste!

Enr. Ah, qué lastimosa Scena! *ap.*

Mart. Ahora tengo por verdad lo que dixiste, Marcela.

Marc. Yo no miento.

Sale Patricio al bastidor, y al ver á todos se oculta en él, apenas dice los versos que siguen.

Patri. Oculto aquí *ap.*
ha de advertir mi cautela lo que dicen, para hacer despues lo que me convenga.

Anic. No me respondeis, Señor?

Bern. Sabe Dios que no quisiera!

Anic. Y por qué, Señor?

Bern. Por qué:-

Oye. Esta es Aniceta, Enrique, Luis. Esta es aquella hermosura, aquella que de vuestros corazones, fué la idolatrada prenda. Un delito la dió el sér. No tiene padre: y se encuentra en el seno del oprobrio. Quién quiere casar con ella?

Enrique, y Luis, á esta proposicion baxan los ojos, y guardan un profundo silencio.

Mart. Ay, que ninguno la quiere! *ap.*

Marc. Habrá mayor desvergüenza! *ap.*

Antes porfia á amarla,
y á porfia aborrecerla
ahora que es pobre! Canallas!

Hay quién en los hombres crea!

Bern. No respondeis?

Anic. Padre:-

Como queriendo estorvarle que continue.

Bern. Calla. Qué dices?

Enr. Que aunque conserva mi corazon el amor puro, que tuvo á Aniceta, no quiero mas desgraciada, Señor, con mi mano hacerla. A la injuria que ha heredado,

su mucha virtud supera;
y no faltará un dichoso,
que parta su bien con ella:
No yo, que aun el alimento
debo á las piedades vuestras.
Esto en mí no es despreciarla,
sino mucho mas quererla.

Bern. Tu pensar prudente alabo.

Mat. Quién de Enrique tal creyera!

Bern. Y tu, Luis, qué dices?

Luis. Quando
hay las circunstancias mismas
en mí, qué en mi hermano Enrique,
puedo dár otra respuesta,
que la suya, Señor?

Bern. No;
y me causas complacencia.
Ya he salido de los dos;
veámos ella como piensa.
Por que suspiras, y lloras?
Con eso me harás que crea,
que á alguno amabas.

Anic. Señor,
pues no es natural que sienta
la ingratitud de los hombres?
Quién no vió aquellas ternezas
de amor, que me tributaron
los dos! Pero con certeza
os aseguro, que en mí
no hallaron correspondencia.
Esta es la verdad.

Bern. Y si
yo un esposo te tubiera,
que feliz pudiera hacerte,
dí, con gusto le admitieras?

Anic. Señor:::- *con turbacion.*

Bern. Responde.

Anic. Yo:::- *Bern.* Qué?

Anic. En mi situacion:::-

Bern. El piensa,
hace un merito muy grande,
en poder sacarte de ella.

Anic. Es que:::- *Bern.* Habla.

Anic. Yo tengo:::-

Bern. Que tienes?

Anic. Amor. *con terneza.*

Bern. Amor? Esta *ap.*

confesion me ha confundido!
Patri. Mi admiracion es extrema
con lo que oigo! Seré yo
el que este amor le merezca?
Pues mal viene. Yo no tengo
amor, faltando la hacienda.

Bern. Apuremos este caso. *ap.*
Y ese, á quien amor profesas,
quién es?

Anic. No permite al labio
que le nombre, la verguenza.

Bern. Yo te pido lo declares.

Anic. Como hé de negarme á esa
instancia? Aquel que tenia
por mi padre, solo reyna
en mi corazon. A él solo
tengo amor.

Bern. A mí? Pues yo era
el esposo que queria darte.
temblando de gozo.

Anic. Vos, Señor?

Bern. Yo. Llega
á mis brazos, si me admites.

Anic. Dexad que bese la tierra
que pisais. Yo seré mas
esclava, que esposa vuestra.
Qué felicidad!

Mat. Qué dicha!

Mart. Se llevó el viejo la pera.

Enr. y Luis. Yo mismo me felicito
por vér dichosa á Aniceta.

Bern. Adónde Patricio está,
para que el castigo sienta
de sus maldades. El fué
quien levantó á Enrique aquella
calumnia horrible.

Anic. El me dixo,
Señor, que vuestra hija no era;
pero que si le admitia
por mi esposo, toda aquella
desgracia, la desaria
quemando el papel de vuestra
difunta esposa: y asi
heredaria la hacienda,
que teneis. Este fué el fin
de ese traydor.

Bern. Yo haré sea

escarmiento de malvados.

Patric. Qué de aquí escapar no pueda sin ser visto!

Lllaman.

Dentro. Abran al Rey.

Bern. Al Rey? Ventura, la puerta abre al instante.

Vent. Corriendo

voy, Señor.

vase.

Anic. Mi pecho tiembla!

Qué puede ser esto?

Bern. Nada

te aflija, ni cause pena.

Salen Ventura, un Sargento, y dos Soldados armados.

Vent. Entrad, Señores.

Bern. Soldados en mi casa?

Mart. Qué tal fuera, que por aquel testimonio, estos Soldados vinieran á prenderme?

Sarg. Quién es:-

Mart. Dicho, y hecho.

Sarg. Don Carlos Contreras, qué es Capitan nuestro?

Mat. Ya

el Cielo me manifiesta su benignidad.

Sarg. Callais,

y no merece respuesta esta orden del Soberano, que manda entregada sea aquí, á nuestro Capitan?

Bern. Aquí no hay:-

Mat. Si hay. La orden venga,

Se la quita.

porque yo la esposa soy de Don Carlos de Contreras.

Bern. Qué oigo!

Anic. Qué he escuchado, Cielos!

Todos. Qué confusiones son estas!

Sarg. Y dónde está vuestro esposo?

Mat. Le traeré á vuestra presencia.

Vase.

Bern. Señor Sargento, yo ignoro

todo quanto aquí se observa.

Enr. Qué es Doña Matilde esposa ap. de mi amigo? Feliz nueva! Este el Soldado es que estaba en mi quarto.

A Don Bernardo.

Bern. Qué me cuentas?

Mart. Y es un Capitan lo menos!

Pues á Dios; ahora me cuelga,

Sale Doña Matilde, sacando de la mano á Don Carlos, el que traerá en la suya el pliego.

Mat. Sal, esposo mio; y logra las dichas que te franquea nuestro piadoso Monarca.

El Sargento se descubre, los Soldados están plantados con el arma al hombro.

Vent. y Mart. El Es!

Luis. Qué reparo!

Carl. Vuestra

justa admiracion, despues será por mi satisfecha

ap.

Se quita el sombrero, besa, y pone su frente la Real Orden; la abre, y lee para sí, y despues dice.

Nuestro augusto Soberano, que viva edades eternas, aqui mi crimen perdona, y mis desgracias las premia haciendome Capitan desde hoy. Mas porque se entienda mi historia, en pocas razones la diré. Mi esposa es esta. Teniente de Infantería era yo, quando con ella me casé. Mi Capitan, cuya natural soberbia era notoria, sin causa me injurió un dia á presencia de la Plana mayor. Yo,

viendo pública mi afrenta,
 la lavé públicamente
 con su sangre. Cayó en tierra
 de una mortal estocada
 que le di. Sin que pudieran
 prenderme, logré mi fuga,
 y me embarqué. Dos Galeras
 de Argelinos, consiguieron
 cautivarnos. Las arenas
 de Argél, doce años pisé
 arrastrando la cadena,
 que mi delito me puso.
 El que entonces Consul era
 de Francia, me tomó amor,
 y me rescató. A mi vuelta
 á la Patria, busqué ansioso,
 en la suya, y en mi tierra
 á mi esposa, la que en cinta
 dexé al tiempo de mi ausencia.
 No la hallé: se declaró
 con los Ingleses la guerra,
 y al campo de Gibraltar
 pasé. Con su lado, y mesa
 me favoreció un amigo,
 que entonces Capitan era,
 y yo Alférez le dexé.
 Hice una accion, que aun celebran
 por heroyca los Ingleses:
 pero aunque me dieron de ella
 certification los Gefes,
 ésta se quedó suspensa
 por no descubrirme. En este
 tiempo se le recomienda
 á mi amigo el Capitan
 á Enrique, para que viera
 el Campo. Le acompañé,
 le amé, y en fin, le di cuenta
 de mi historia. Con el vine
 á la Corte: á la Condesa
 habló, y escribió: y en fin
 se interesó su Excelencia
 de modo con el Ministro,
 que me ofreció lo que en esta
 Real Orden cumple; y aun mas.
 A vér á Enrique viene esta
 madrugada, y sucedió
 lo que sabeis: mi fé encuentra

á mi dulce esposa. Oculto
 me tuvo en su quarto. Llega
 la hora de nuestras fortunas,
 que la real piedad dispensa,
 y á disfrutarlas principio,
 Señores, de esta manera.
 Enrique, amigo del alma,
 á mis dulces brazos llega;
 que á lo mucho que te debo,
 mi gratitud será eterna.

Enr. En ellos de mi amistad,
 os doy, Señor, nuevas pruebas.

Todos. Qué particular suceso!

Anic. De admirada, á hablar no acierta
 la lengua mia, Señora.

Mas como si propias fueran,
 vuestras dichas solemnizo.

Mat. Tu vista me las aumenta.

Bern. Permitid, que á vuestros pies,
 perdon os pida de aquella
 impostura, que un traydor:-

Carl. No es tiempo de esas frioleras,
 sino de que solo el gozo
 hoy en todos resplandezca.

Mart. Si Señor; y los enredos
 que pasaron, vayan juera.

Carl. Pero esposa mia, aquel
 amado fruto de nuestra
 dulce union, adónde está?

Mat. Yo, querido esposo, apenas
 experimenté tu fuga,
 vine á la Corte, y en ella,
 aunque procuré tu indulto,
 fueron vanas diligencias.
 Ya sabes que me dexaste
 constituida en tal pobreza,
 que es inexplicable. Estaba
 á una muy pobre vivienda
 reducida. Mis vecinas
 dos buenas mugeres eran,
 pobres tambien. Llegó la hora
 de mi parto; prontas ellas
 me asistieron, y di á luz
 lo que ni miré siquiera;
 porque rendida á un insulto
 por tres horas, quando en fuerza
 de martyrios, volvi en mi,

y pregunté por aquella parte de mi corazón, me dixerón nació muerta, y que enterrado la habían, por no darme mayor pena con su vista. Este dolor toleré con la paciencia mas grande. En fin, recobré todas mis pérdidas fuerzas, y hace quince años que entré por Aya de mi Aniceta en esta casa. Te hallé en ella hoy, y mis penas se cambiaron en fortunas, en dichas, y en complacencias.

Pat. Quanto escuché, me ha admirado! pero mis dichas encierra.

Bern. Buscad todos á Patricio, y traedle aquí.

Sale Patricio.

Patri. Ya está á vuestras plantas rendido, Señor; pidiendo se le conceda el perdon de sus maldades; que el sabrá solo por esta accion, produciros una alegría tan extrema; que confesareis vos mismo, merece esta recompensa.

Bern. Aun sin esa circunstancia el perdon siempre tubieras. Alza, y dame esa noticia.

Patri. Señora, no fueron esas vecinas, que antes dixisteis, madre, é hija?

Mat. Es cosa cierta.

Patri. No se llamaba la madre Doña Jacinta, y Teresa la hija?

Mat. No hay duda.

Patri. Y decid: en la calle de las Huertas no viviais?

Mat. Es verdad.

Bern. Estas son las mismas señas, ap.

que antes me dió á mi.

Patri. Pues ya

la verdad es manifiesta.

Esas vecinas, Señora, os robaron la hija vuestra, y me la dieron á mi.

Los 2. Y dónde está?

Patri. Es Aniceta.

Todos se conmueven extremamente.

Don Carlos, Matilde, y Aniceta corren á enlazarse.

Carl. y Mat. Qué oigo! Hija!

Anic. Padres míos!

Bern. Qué es su hija! Dicha inmensal!

Los 3. El gozo me hace temblar!

Mart. y Marc. Este es encanto, ó novela?

Enr. Estoy despierto, ó dormido?

Luis. Cielos, mis sentidos sueñan?

Mat. Mi hija eres, si, mi hija:

La misma naturaleza me lo inspiraba!

Anic. Y á mi.

Carl. Qué felices consecuencias produce el haber venido á verte, Enrique!

Enr. Dios sea

bendecido, muchas veces.

Bern. Pues ahora solo nos resta, que sepais, que yo he criado por hija mia á Aniceta, que hoy se descubrió no lo es, y á ser mi esposa dispuesta está, si lo permitis.

Anic. Padres míos, haced cierta mi dicha con esta union!

Los 2. Nuestro mayor gusto es ella

Bern. Patricio, yo te doy gracias, pues por tí mi esposa encuentra á sus padres. Premiar debo tu accion; porque todo sea gusto, alegría, y contento.

Todos. Viva nuestra ama Aniceta.

Bern. Desde hoy mismo te declaro,

Esposa, por mi heredera.

Gasta con tus padres todo
lo preciso á su decencia.
Sobrinos, yo os tengo esposas
ricas, hermosas, y honestas,
con las que sereis dichosos,
que es lo que mi amor desea.
Señor Sargento, usted tome,
y reparta esas monedas
con los Soldados, pues trajo

tanto bien su diligencia.
Todos hallareis en mi
un padre, que os favorezca:
y en el que su padre fué,
un esposo mi Aniceta.
Anic. Y aqui benigno auditorio,
mi amor, y respeto esperan:-
Todos. Que el Marido de su Hija,
hoy tus aplausos merezca.

F I N.

En Barcelona. Año de 1790.

Hallaráse esta Comedia, y otras de diferentes títulos en
Madrid en la Librería de D. Isidro Lopez calle de la Cruz,
á precios equitativos.

[The main body of the page contains extremely faint and illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the paper. Some faint characters like 'e' and 'r' are visible.]

El

D

El P
Lab
El C
El S
El C

Lab.

. Ay
. Ca
ale

Lab.

vert
no
que
no
el d
espe
los
Mo
mar
con
qui
De
ma
vió
Qu
ma
Bu
fui